



España en la Comunidad Económica Europea

Danilo TRELLES, corresponsal

MADRID.— Apagado un poco el eco de las encendidas proclamas que han transformado el acontecimiento de la entrada de España en la Comunidad Económica Europea en una especie de epopeya nacional, parece oportuno hacer una reflexión acerca de la nueva situación en que ingresa el país, ponderando equilibradamente la significación del suceso.

Eliminado el factor negativo, utilizado más como pretexto que como argumento real, que representaba la existencia en España de la dictadura franquista, no había otras reservas para su incorporación a la Comunidad Económica Europea que los problemas que la propia organización se había creado introduciendo un régimen de garantías y compensaciones a la producción, basadas en unos esquemas que no se corresponden con las verdaderas perspectivas económicas de la Europa de hoy.

Pero además, la crisis del viejo continente no es una crisis coyuntural, sino que sus raíces calan más hondo, arrancan de condicionantes políticos que, supeditan no sólo su suerte para los días inmediatos, sino también acaso para toda su historia.

La Europa que surgió de la Segunda Guerra Mundial fue como se sabe una Europa dividida y por consecuencia debilitada. Su proceso económico se reestructura bajo la influencia dominante de los Estados Unidos y no sería muy difícil establecer cómo a partir de esa situación se opera su condicionamiento político.

El engendro de la OTAN nace bajo imperativos norteamericanos para defender unas delimitaciones de fronteras que ellos mismos pactaron. Ahora que sus enfrentamientos con la Unión Soviética han cobrado un carácter de conflicto permanente, todo su empeño se ha volcado en la necesidad de que Europa sirva como muro de contención de pretendidas invasiones, que pondrían en peligro la suerte misma de la democracia.

Así pues Estados Unidos ha decidido que la posible guerra nuclear entre las dos superpotencias se desarrolle en Europa y la invalidez de los ocasionales anfitriones del conflicto alcanza un nivel tan lamentable, que ni siquiera son invitados a participar en las deliberaciones en las que se juega su futuro destino. No se puede seguir afirmando sin posible rubor que la CEE es una cosa ajena a la OTAN, cuando todo establece la conexión estrecha que existe entre integración económica y condicionamiento político y militar.

La instalación de los misiles norteamericanos en territorio europeo testimonia de manera elocuente cuáles son las reglas del juego, y qué papel están destinados a jugar los nuevos invitados. También es cierto que España, en ese terreno se ha apresurado a dar los pasos necesarios para ponerse a tono con sus vecinos. La integración progresiva en los organismos de la OTAN son pruebas elocuentes de que el gobierno español desea tener la casa en orden, aunque ese orden sea el que se dispone desde fuera.

Todo esto no significa que España no tenga el legítimo derecho de ingresar en la Comunidad Económica Europea. Por el contrario sus antecedentes históricos, su proceso cultural y su nivel de desarrollo, le acuerdan sobrados títulos para alternar con los vecinos del viejo continente en un proceso de integración que, lamentablemente, no termina de producirse. Merece recordarse cómo lo hace Juan Luis Cebrían en un reciente editorial de *El País* que "la España que entra ahora en Europa es uno de los Estados continentales con mayor anti-

güedad unitaria, sus fronteras peninsulares han permanecido inmóviles y su imperio colonial se liquidó de hecho mucho antes que el de la mayoría de las potencias vecinas."

Todo esto no contradice lo que venimos afirmando. La entrada de España en la Comunidad Económica Europea no es la panacea para todos sus problemas e importa en cambio una pesada carga de compromiso cuya importancia, desgraciadamente, trata de ignorarse.

Se ha insistido, por ejemplo muchas veces desde España y ahora se ha vuelto a recordarlo, que la incorporación en la Comunidad Económica Europea beneficiaría las relaciones con América Latina, gracias a la influencia que podría ejercerse desde el seno de la CEE.

No sólo esto es falso, sino que resulta ingenuo insistir en la validez del argumento. Son conocidas las limitaciones que se han impuesto a España para su ingreso y se ha comentado poco el sentido que asumen sus obligaciones. Al adherir a la Comunidad Económica Europea, España se obliga al cumplimiento de todos los acuerdos firmados por ella, fundamentalmente los que la ligan con sus intereses en las antiguas colonias europeas en África, agrupados ahora en los convenios de Lome. Esto significa en buenas palabras que una gran parte de la producción que España adquiere ahora en América Latina, pasarán a ser provistas por aquel grupo de países, limitando aún más las ya menudadas relaciones económicas que se mantienen con nuestro continente.

Que España pueda influir en la mejora de las relaciones de la Comunidad Económica Europea con América Latina, nos parece no solamente ingenuo sino además irritante. La CEE no ha hecho nunca planes en relación a nuestro continente. Existen, como se sabe, los nuevos programas que se elaboran en el convenio de Lome III y que son típicos de las relaciones con países neocolonialistas; existe una tímida apertura para relaciones privilegiadas con los países del área mediterránea; existe un proyecto de perspectivas muy frágiles con los países de Medio Oriente y por último existe el programa de la Asean con los países asiáticos. Pero con América Latina no ha existido nunca otra cosa que algunos convenios bilaterales de significación apenas testimonial, sin que se haya elaborado nunca un programa, ni exista ningún indicio de que se vaya a elaborar ahora.

No se trata de objetar, volvemos a insistir, el legítimo derecho que tiene España de elegir la opción que según ellos mejor colabora con sus intereses, pero no se puede disimular el sentido que adquiere dicha opción en desmedro de los intereses latinoamericanos. Mucho menos afirmar, como lo ha hecho el jefe del gobierno español Felipe González, que España incorpora tras de sí a los 300 millones de latinoamericanos, que no juegan ningún papel en esta operación.

La política es el arte de elegir, se ha dicho, pero en la hora de la verdad se debe afrontar con realismo la posición que se asume.

Algunas veces hemos afirmado que tanto en nuestro proceso político como en el económico, estamos librados a nuestras propias fuerzas, a los esfuerzos y a los resultados que obtengamos para hacer valer nuestra presencia en el mundo y sería ilusorio entrar en un juego que sólo conduce a perdernos. Aprestémonos a librar, solos, nuestras futuras batallas.